

Capítulo VIII.

La gratitud.

Apenas fijó sus ojos en Isabel, Antonio de Villejo sintió nacer en su alma el sentimiento del amor.

Colón le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

—Ha podido agravar mis padecimientos,—les dijo,—y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideración. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnecido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él había hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era más expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel día no pasó uno solo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

Villejo iba á menudo á ver á Colón.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiración le infundía.

Enterados los reyes de las consideraciones con que había tratado al almirante, quisieron premiarle, y elevándole en su carrera, le destinaron á las guerras de Italia.

Villejo hizo lo posible por no separarse del lado de Colón.

—Poco ambicioso sois,—dijo Fernando á su amigo, reconviniéndole por no aceptar aquella protección que le habían brindado los reyes.

—No es falta de ambición lo que aquí me detiene,—dijo Villejo;—es que aquí está mi felicidad, y no quiero separarme de ella.

—¿Vuestra felicidad?

—Sí; os estimo demasiado para no revelaros un secreto que guarda mi alma desde hace tiempo.

—Os lo agradezco.

—No es tan generoso como suponeis mi deseo; hay en él algo de egoísmo. Podeis hacerme un gran favor.

—Dadle entonces por hecho.

—Ved que podeis arrepentiros de esa palabra.

—No, ¿creeis que hay sacrificio que yo no arrostre por el hombre que tantos beneficios ha dispensado á mi padre? Si necesitárais mi vida, os la daria.

—Gracias, Fernando, gracias,—dijo Villejo estrechando su mano con efusion;—teneis el corazon más generoso de la tierra.

—Hablad, que estoy impaciente por saber vuestro secreto.

—Vos me comprendereis mejor que nadie. El amor me tiene preso en sus redes.

—¿El amor!

—Sí, el amor; ese dulcísimo sentimiento que inunda nuestra alma con la luz de la fé, se ha despertado en mí y no vivo ni sosiego, porque la esperanza y la duda me combaten.

—¿No sois correspondido?

—Lo ignoro.

—¿No habeis hablado con el objeto de vuestro cariño? ¿No conoce vuestros sentimientos?

—Ha debido adivinarlos.

—¿Y vos, á vuestra vez, no habeis adivinado si participa de ellos?

—Temo que la ilusion me engañe; pero ya no puedo vivir más tiempo sin entregarme á la alegría, á la felicidad ó al dolor del desengaño. Vos podeis ayudarme á salir de esta situacion.

—¿Yo?—exclamó Fernando, al mismo tiempo que

una idea que cruzaba por su imaginacion le heria su alma.

—Vos, si.

—¿Y de qué manera?

—Siendo un hermano para mí.

—¿Dudais de mi afecto?

—No, no dudo; por lo mismo os dirijo esta súplica.

—Hablad con entera confianza.

—Perdonad, Fernando, el atrevimiento; pero sabed que amo á Isabel.

—¿A Isabel?—exclamó, procurando dominarse.

—Si; he descubierto en su primera mirada los tesoros de felicidad que guarda en su alma, y si ella no me amase, correria á buscar la muerte, porque sin ella no quiero la vida.

Instantáneamente pensó Fernando en la gratitud que le debia, y no vaciló en aceptar el sacrificio.

—Habeis fijado vuestros ojos en un ángel,—le dijo.

—Lo sé.

—Yo os ofrezco contribuir á vuestra ventura, porque sois digno de ella.

—¡Oh! Dadme vuestra mano; permitidme que la estreche con toda mi alma.

—Vuestra felicidad será la mia,—dijo Fernando con un acento, en cuyo fondo se veia la tristeza de su corazon.

—El amor es cobarde,—añadió Villejo;—yo, que os hablo con toda franqueza, apenas sabria pronunciar una palabra delante de ella. Yo, que me he ha-

llado en muchos combates sin temblar, me estremecería al oír su voz, porque la duda es terrible, porque si yo entreviese siquiera que no participaba de mis sentimientos, sentiría en mis venas el frío de la muerte.

—Dejadlo á mi cuidado: soy vuestro amigo, vuestro hermano; yo exploraré su corazón.

Los dos se separaron, y Fernando, aunque estaba resuelto á sacrificar sus ilusiones, sus deseos, sus soñadas venturas, á la gratitud, todavía abrigaba una esperanza.

—Isabel,—se decía,—no le amará. Ella no sabe lo que es amor; nuestro cariño fraternal le basta para ser dichosa. ¡Oh!... Estoy seguro de que cuando sepa que tiene que separarse de su madre y aflojar los lazos que la unen conmigo, cerrará su pecho á ese sentimiento que ha inspirado á Villejo. De todos modos, yo he ofrecido explorar su corazón, y debo cumplir mi palabra.

Al llegar á su casa halló á Isabel en el jardín.

—Hermana,—le dijo, dominando su emoción,—tengo que hablarte.

—¿Tú?

—Yo, sí; —tu hermano...—dijo, acentuando mucho esta palabra.

—Mucho me alegra, porque hace tiempo que andas distraído, y me parece que no me quieres tanto.

—¿Qué no te quiero?...—

—No digo eso; pero desde que ha venido tu padre apenas te separas de él, y por más que compren-

da tu cariño, como me robas algo del que me tienes, estoy quejosa.

Después de vacilar un instante.

—No, no,—se dijo Fernando,—he resuelto sacrificar mi amor: cumpliré mi palabra... Oye, Isabel,—añadió en voz alta;—voy á hacerte una pregunta, que te sorprenderá sin duda; pero debes ser franca conmigo... ¿Sabes lo que es amor?

Las mejillas de Isabel se cubrieron de un vivo carmin.

—¿No contestas?—dijo Fernando.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Sé leal y respóndeme.

—Pues bien, Fernando; no sé lo que es amor; pero lo siento en mí.

Una nueva ilusión pasajera embargó á Fernando.

—¿Lo sientes?

—Sí, desde hace algún tiempo noto un gran cambio en mi existencia. Los horizontes de mi vida se han ensanchado; venturas que nunca había soñado me brindan una felicidad sin límites. Perdóname; yo creía que no había más cariño que el que profesaba á mi madre, que el que sentía por tí; pero el afecto que ha nacido en mi alma, sin menguar mi cariño de hija, de hermana, es mucho más grande, mucho más intenso; no lo puedo explicar.

¡No era él quien le explicaba aquel sentimiento!

Dominándose de nuevo, se aprestó á cumplir su palabra.

—Pues bien, Isabel,—le dijo;—ese amor que tú

sientes lo has inspirado á un hombre... Villejo te ama,

—¡Oh! Lo habia adivinado,—exclamó Isabel, no pudiendo contener aquel grito de entusiasmo que produjo en ella la revelacion de Fernando.

—¿Y tú le correspondes?

—Escucha, yo para tí no quiero tener secretos; al contrario, necesito tu auxilio, porque hay sentimientos que es necesario comunicar á los que bien nos quieren; porque si no, nos ahogarian.

Desde el primer momento he comprendido que ese jóven, tan bueno, tan generoso y tan honrado, sentia afecto hácia mí; y más que nada, la gratitud por los beneficios que ha dispensado á tu padre, me han motivado á quererle, á desear su felicidad.

—Te comprendo y te admiro,—dijo Fernando;—yo, por mi parte, deseo que seas con él dichosa. Sólo un favor te pido, y no me lo negarás.

—¿Cuál?

—El que me quieras siempre como á un hermano.

—¿Puedes dudarle?

—No; pero el amor lo avasalla todo, es intransigente; llega á ser egoista, y hace olvidar al hijo la gratitud que debe al padre, y separar al hermano del hermano.

—¿Has amado tú tambien?

—No, yo no he amado; me basta tu cariño y el de mi padre.

—¡Oh! Algun dia amarás tambien, y entonces tendré yo que hacerte la misma súplica.

—No, no amaré nunca.

—Eso no puede decirse.

—Yo sí; el amor ha muerto en mi alma.

—¿Cómo? ¿Has sufrido algun desengaño, algun pesar?

—No intentes averiguarlo: es el único secreto que tendré para tí toda mi vida. Si quieres aliviar la desgracia que siente mi alma por no poder amar, no olvides la promesa que me has hecho de conservarme siempre el cariño de hermana.

Aquel mismo dia manifestó Fernando á su amigo Villejo la dicha que le sonreia, y no contento aún, desgarrando su propia herida, habló á su padre y á Inés.

Inés sacrificó tambien sus deseos á la gratitud.

Pero comprendiendo á Fernando.

—Hemos cumplido un deber,—le dijo,—y sin embargo, está triste tu alma. No me lo niegues; ¿amabas á Isabel?

—Sí, madre mia, sí,—dijo Fernando.

—Lo he adivinado, y mi mayor ventura hubiera sido vuestra union.

—Que ignore siempre este secreto.

—Pero tú sufrirás.

—No, porque para desahogar mis penas tendré siempre vuestro cariño.

Inés le recibió en sus brazos.

La ventura parecia sonreir á Isabel y á Villejo.

Colón, sin descubrir el secreto de su hijo, sin comprender cuáles eran los motivos de su entusiasmo por la ciencia, estaba tambien muy contento al

pensar que Isabel iba á pagar con su cariño los beneficios que le habia dispensado.

Aquella ventura debia, sin embargo, hallar obstáculos.

Una mujer infame habia jurado vengarse de Inés.

No la perdía de vista y queria herirla en lo que más ama una madre en el mundo: en su adorada hija.

Aquella mujer era la gitana que en su juventud la habia perseguido.

Pero antes de saber lo que hizo en contra de su enemiga, vamos á ver los medios que empleaban los adversarios de Colon para recuperar lo perdido.

Capítulo XI.

Una teoría puesta en práctica.

La reina habia sido sincera.

Colon habia despertado siempre en su ánimo admiración y afecto, y la idea de verle cargado de cadenas, ultrajado por un representante suyo, habia operado una reacción en su ánimo, y estaba resuelta á indemnizar al almirante de sus sinsabores, rehabilitándole en sus cargos y dignidades, y haciendo ostensible el gran aprecio que le profesaba.

A pesar de la falta de salud de la reina, de la profunda tristeza que se habia apoderado de su corazón, y que debia muy en breve llevarla al sepulcro; á pesar, en fin, del carácter ambicioso y poco expansivo de don Fernando, ejercia poderosa influencia sobre él.